

Reflexiones con Jeanne Chézard de Matel

Selección de Texto: Hermana Mildred Truchard IWBS

Comentario: Hermana M. Clare Underbrink IWBS

Traducción en Español: Hermana Miriam Perez, MCSH

Jeanne Chézard de Matel (1596 – 1670) es una mística Francesa del siglo 17 y fundadora de la Orden del Verbo Encarnado y Santísimo Sacramento, que hoy incluye fundaciones in América del Norte, Central, y Sur así como en Francia, España y África. Como parte de su herencia espiritual, ella ha dejado siete volúmenes de escritos. Para más información vaya a

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

Jeanne nunca visitó un desierto en su vida, sin embargo ciertamente experimentó el desierto de la oración y el desierto de la tentación. En este pasaje de su Autobiografía (Vol. 2 (1011-1012)), ella describe su experiencia mística de estar entrando al desierto para encontrarse con Jesús y aprender de él cómo vencer la tentación.

Jesús, llevado por el Espíritu Santo al desierto, dejó que Satanás lo tentara. Él nos enseña como vencer las tentaciones. El Primer Domingo de Cuaresma, el desierto me atraía. Ahí te encontré (Jesús...). Un poco después de que el Padre dijo, “Este es mi Hijo Amado, en quien estoy complacido,” el Espíritu Santo lo llevó al desierto, donde permaneció por cuarenta días y cuarenta noches. El vio todos los pecados de los humanos por los cuales solo tú has contestado, uno por todos.

Interesantemente, este “uno por todos” resuena en la Segunda Lectura de la liturgia de hoy (Rm. 5:12-19), en donde San Pablo repetitivamente usa la expresión para recordarnos que *un* solo hombre, Cristo, dio su vida para restaurar *toda* la humanidad a la gracia.

Jeanne esta reflexionado en el relato de Marcos sobre las Tentaciones en el Desierto (Mc 1:12-13), el cual, a diferencia de los relatos de Mateo y Lucas, no incluye detalles de las tres tentaciones. En su experiencia mística, ella comprende que cuando Jesús fue tentado, el vio *todos* los pecados de la humanidad y eligió dar razón de ellos, uno por todo. Es como si hubiera traído a toda la humanidad con él al desierto por cuarenta días.

En una interpretación única y fuerte de los animales salvajes (Mc 1:13), Jeanne continua:

No reconociendo el honor que tú les diste, ellos se comportaron como animales salvajes.

San Marcos dice: “fue tentado por Satanás. Vivía entre los animales salvajes” (Mc 1:13). ¿Qué batalla, mi Señor, desató Satanás sobre ti? La misma batalla que él desata sobre el mundo en las tres tentaciones por las cuales te quiso probar a ti: tú, quien no era de este mundo, habiéndolo conquistado.

En su interpretación, cuando las personas pecan, no se están comportando como humanos, más bien como animales salvajes. Mientras que algunos posiblemente están inclinados a usar la humanidad como una excusa por las mal hechuras, diciendo, “¡Solo soy humano!”, Jeanne reconoce justamente que la

verdadera humanidad, en su sentido pleno y original, *creado en imagen y semejanza de Dios* (Gen 1:26), no es pecaminoso. Dejándose vencer por la tentación y cayendo en el pecado hace a las personas *menos* humana, en otras palabras, *como animales salvajes*. Por lo tanto, cuando Jesús está afuera en el desierto, él es confrontado con el conocimiento de todo el pecado en el mundo que ciega a las personas a su honor y dignidad de su talla como humanas y los lleva a actuar como si fueron menos que humano.

Aún más, Jeanne comprende que las tentaciones que Jesús experimenta en el desierto son las mismas tentaciones que todos en el mundo experimentan. La diferencia es que Jesús no se dejó vencer; él lo venció.

Jeanne concluye su reflexión con el texto final en Mc 1:13: “los ángeles le servían”, por lo tanto yuxtaponiendo las dos imágenes contrastantes de animales salvajes y ángeles. Contrastado en la historia están los ángeles y Satanás, un ángel caído, como también los humanos caídos (como animales salvajes) y Jesús quien al conquistar el pecado muestra lo que es la verdadera humanidad. Jeanne dice:

Tus ministros, los ángeles, te vinieron a servir. Mi Amado, por tu bondad, transpórtame de este mundo dentro de ti; que pueda conversar con tus ángeles; déjame compartir en tus victorias. Se, tú mismo, mi fe que vence al mundo.

El verbo Francés, “*transporter*” tiene dos significados, de los cuales ambos pueden ser propios aquí: de ser físicamente movido de un lugar a otro, o de estar en estasis. En el primer sentido, ella desea ser llevada en Cristo, fuera de este mundo y a la vida eterna. En el segundo sentido, tiene una experiencia profunda mística de Dios y se siente ella misma transportada en Cristo, en un gozo inmenso o en un estasis. Su amor profundo por Dios y su experiencia del amor de Dios para ella y por todo el pueblo hace que desee compartir en la victoria de Jesús sobre las tentaciones y el pecado.

Igualmente, el verbo Francés, “*converser*” también tiene dos significados: hablar con, o (más íntimamente) estar en comunión. El deseo expresado de Jeanne de estar en comunión con los ángeles es un movimiento contra la tentación forjado por el ángel caído. Es en su oración que Jeanne puede ser transportada dentro de su Amado y conversar con los ángeles.

Ella se da cuenta que es solamente apoyándose en la victoria de Jesús que ella puede vencer las tentaciones que surgen en este mundo.

El arma más poderosa en la batalla contra el pecado es la oración: una relación profunda y personal con Dios nutrida por el tiempo en comunión con el Dios de amor. La oración enseña confianza en Jesús venciendo el mismo todas las tentaciones de este mundo. Cuando estamos confrontados por las tribulaciones y tentaciones de este mundo y nuestra fe parece muy débil para sostenernos, que podamos, como Jeanne, gritar a Jesús, “Sé mi fe que vence el mundo.”